

## **DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA**

**1ª lectura** (Hechos, 5, 12-16): *Todos se reunían con un mismo espíritu.*

**Salmo** (117, 2-4.22-24.25-27a): *«Dad gracias al Señor porque es bueno y eterna su misericordia»*

**2ª lectura** (Apocalipsis, 1, 9-11a.12-13.17-19): *Yo soy el Primero y el Último.*

**Evangelio** (Juan 20, 19-31): *Bienaventurados los que crean sin haber visto.*

Jesús Resucitado se presenta ante sus discípulos atravesando las puertas que tenían cerradas por miedo a los judíos. Ni para sus discípulos de entonces ni para nosotros ahora hay palabras de reproche por la cobardía o la negación; no hay regaños por el temor o las dudas: solo su deseo de paz. Una presencia y una paz que suscita alegría.

*«Como el Padre me ha enviado, así también os envió yo».* Son palabras dirigidas a los discípulos de todos los tiempos: a esos discípulos que a veces nos encerramos por miedo, a los que enmudecemos por la experiencia de nuestra fragilidad, a los que nos sentimos desterrados por los que no quieren escucharnos, a los que nos acomodamos o pensamos más en nosotros mismos y preferimos no arriesgar.

Id, abrid las puertas, salid a llenar el mundo de salud, de vida, de perdón y de alegría. *«Recibid el Espíritu Santo».* Este es el gran regalo de la Pascua. No solo la certeza de que el que había muerto ahora vive, sino el hecho de que el viviente nos haga partícipes de su mismo Espíritu y solidarios con su misma encomienda. La misión es permanente, el horizonte es universal y el don del Espíritu es irrevocable.

Misericordia y perdón. Paz y comunión. Gracia y gozo. Si no hay reprimendas de parte de Jesús, ¿cómo no acoger ese mismo Espíritu?, que comienza a actuar ante todo dentro de la misma comunidad. Ocho días después, el deseo de paz de parte de Jesús sigue vigente. Ahora en la pequeña e incipiente comunidad ya se encuentra Tomás. Para él va también el deseo de paz. Y Tomás el dudoso se convierte en Tomás el creyente: *«Señor mío y Dios mío».* Sus titubeos, como los miedos de los otros, han sido sanados por pura misericordia.

*«Porque es ya hora de levantaros del sueño; que la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe. La noche está avanzada. El día se avecina. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz».* Con estas palabras exhortaba Pablo a los cristianos de Roma.

Ya se va alargando el día y, en consecuencia, las noches se hacen más cortas. Así nosotros, con la experiencia del crucificado resucitado, deberíamos morir a todo lo que hemos vivido en los años anteriores (acortar la noche), para comenzar a vivir esa vida nueva que nunca se va a terminar (iluminando las miserias del presente) podremos descubrir la forma de vivir “resucitados”.

Si no lo hemos descubierto en los ritos repetidos, aunque solemnes, dentro del templo tendremos que salir a la vida de los crucificados en la negación permanente, y ahora creciente, de los derechos elementales de la gente de nuestro mundo, para darles la vida que les corresponde y pertenece: Acompañando a estas gentes y a estos países con miles de desplazados a causa del hambre y la guerra. Acogiendo su experiencia global de vida, secuestrada y perseguida, y también sus formas de relación con la historia de su pueblo y compartir con ellos este trozo del camino. Seguro que esas experiencias nos enriquecen.

En solitario, cada uno por nuestra cuenta, es difícil hacer un camino de largo recorrido; es preciso proyectar con otras personas, distribuirnos los pasos que vamos a dar, contar con todos y tirar para adelante. Animar a los cansados, empujar más fuerte cuando los temas se ponen cuesta arriba, pedir ayuda, estar dispuestos echar una mano donde haga falta y, sobre todo, celebrar los pequeños pasos, las metas alcanzadas y el sentir cómo la vida late y crece donde se comparte, se ayuda y, así, llega para todos. Esta ha de ser siempre nuestra mayor preocupación y, sobre todo, nuestra ocupación.

El hacer compete a todas las personas, el ocuparse de las cosas de nuestro mundo también; pero el ser y sentirse comunidad es propio de los seguidores y seguidoras de Jesús. Él nos envía a nuestro mundo para mostrar en cualquier parte que estemos que nuestro ser se realiza siendo con los otros, *«sean de la nación que sean, sean libres o esclavos, sean hombres o mujeres»*, para todos ha resucitado (comenzado a vivir con una vida siempre nueva) Jesús, el Señor de todos.

El Viviente se hace presente en nuestras habitaciones cerradas por el miedo; el Viviente se hace presente en nuestras comunidades frágiles y pecadoras; el Viviente se hace presente también para los que dudan; el Viviente se hace presente en los ciudadanos del destierro y en las casas de los pueblos; el Viviente se hace presente en los refugiados y en los hambrientos; el Viviente se hizo presente a sus discípulos, está presente en nuestra comunidad y seguirá presente de muchas maneras a lo largo de nuestra historia. Su presencia siempre nos llena de alegría y sus palabras son siempre de paz: *«No tengas miedo».*